DISCURSO DEL EMBAJADOR DE CUBA EN ACTO CONMEMORATIVO DEL I ANIVERSARIO DE LA DESAPARICIÓN FÍSICA DEL LÍDER HISTÓRICO DE LA REVOLUCIÓN CUBANA, COMANDANTE EN JEFE FIDEL CASTRO RUZ

Berna, 25 de noviembre de 2017

Estimados Embajadores,

Queridas amigas y amigos:

Agradezco sinceramente la presencia de todos ustedes en este acto.

Es muy difícil resumir en unos pocos minutos nuestros sentimientos sobre Fidel.

Su vida y su obra son una extraordinaria hazaña: la epopeya del pueblo que él lideró en una batalla descomunal contra un colosal enemigo, por una causa inmensamente justa, que no es solo la causa del pueblo cubano, sino la causa de la humanidad, porque su anhelo era conquistar toda la justicia para todos los seres humanos, especialmente para los que nunca la han tenido: los más humildes, los oprimidos, los desposeídos, que son las grandes mayorías, aún en pleno siglo XXI.

Siempre creyó firmemente que un mundo mejor es posible y contribuyó, como pocos, a hacerlo mejor, con la fuerza titánica de sus ideas, su ejemplo y sus acciones, su personalidad de gigante, su brillante oratoria y su enorme poder de convicción.

Fidel ha sido el discípulo más aventajado de José Martí, nuestro Héroe Nacional y Prócer de la independencia de Cuba, quien también supo unir a los patriotas cubanos en torno al Partido Revolucionario que fundó para luchar contra el dominio colonial español y conquistar la independencia de nuestra Patria, para impedir con ello, como escribió, que los Estados Unidos de América se apoderaran de Nuestra América. Martí murió en combate tempranamente, en 1895, y no pudo lograr sus objetivos.

Los Estados Unidos intervinieron en 1898 en nuestra guerra de independencia contra España y se apoderaron de Cuba, convirtiéndola en una neocolonia.

Tuvieron que pasar 60 años más de lucha del pueblo cubano, para hacer realidad el sueño de Martí con el triunfo de la Revolución el 1º de enero de 1959, bajo la dirección de Fidel.

Lo que Fidel hizo, con el apoyo consciente y decidido del pueblo cubano, no tiene precedentes en la historia: unió a todo un pueblo y encabezó una Revolución socialista en una pequeña isla, a solo 180 kilómetros del imperio más poderoso que ha existido jamás, enfrentando y resistiendo con éxito la hostilidad y las agresiones incesantes de ese imperio, que hizo todo lo posible por destruirla.

Escogió el camino de la lucha armada para liberar a Cuba, porque era la única opción posible en aquel entonces. Con un pequeño ejército guerrillero logró derrotar, en solo 25 meses, a un ejército de más de 80 mil hombres bien armados y a una dictadura sangrienta, que tenía el apoyo militar, político y económico de los Estados Unidos de América.

Luego desafió al imperio con la Ley de Reforma Agraria, que acabó con los latifundios, entregando la tierra a los campesinos, y la nacionalización de las empresas norteamericanas que eran dueñas de la mayor parte de las tierras, las minas y las escasas fábricas existentes en Cuba.

Bajo su mando, el pueblo cubano derrotó en menos de 72 horas la invasión militar organizada por la Agencia Central de Inteligencia (CIA) de los Estados Unidos en abril de 1961 y en vísperas de esos combates proclamó el carácter socialista de la Revolución.

Poco después, brilló como estadista en la Crisis de los Misiles de octubre de 1962, provocada por la creciente hostilidad y amenazas militares del poderoso vecino del norte contra nuestro país.

Nuestro pueblo, comandado por Fidel, también derrotó a las bandas contrarrevolucionarias armadas por la CIA que sembraron la muerte en los campos de Cuba en la primera mitad de la década de los años 60.

Centenares de acciones terroristas, organizadas igualmente por la CIA, en las que murieron 3,478 cubanos y fueron heridos 2,099; más de 600 planes de atentados contra la vida de Fidel; el férreo bloqueo económico, comercial y financiero impuesto por los Estados Unidos desde 1962 y aún vigente; y la feroz guerra diplomática y mediática para aislar y desacreditar a Cuba, no

lograron impedir que la Revolución avanzara y se consolidara, con un apoyo popular abrumadoramente mayoritario.

La Revolución cubana también logró sobrevivir a la desintegración de su principal aliado: la Unión Soviética y el llamado campo socialista europeo, cuando perdimos abruptamente el 80% de nuestros mercados, el PIB cayó 35% entre 1989 y 1993 y nadie en el mundo creía que podíamos resistir.

Gracias a la Revolución, encabezada por Fidel, Cuba es una nación libre, independiente y soberana, dueña de sus recursos naturales, con justicia social y sin grandes desigualdades, con un pueblo culto y saludable que tiene acceso pleno y gratuito a la educación, la salud, la cultura y el deporte; y con elevados indicadores de desarrollo social y científico equiparables a los de países desarrollados.

Nuestra economía ha sido duramente golpeada por el bloqueo económico, comercial y financiero impuesto por los Estados Unidos de América, que a lo largo de 55 años nos ha causado perjuicios valorados en más de 822 mil millones de dólares, pero aún en esas condiciones ha sido capaz de sostener las conquistas sociales.

La obra de Fidel trasciende nuestras fronteras. Él enseñó a nuestro pueblo a practicar la solidaridad internacionalista, ayudando desinteresadamente a otros pueblos del mundo en la conquista de su independencia y la defensa de su soberanía, como en Angola, Namibia, y Etiopía; brindando nuestra modesta cooperación solidaria al desarrollo económico y social de otras naciones pobres, enviando decenas de miles de médicos, maestros y otros profesionales a prestar sus servicios en países de América Latina y el Caribe, Africa, Asia y Oceanía, y formando a más de 40 mil profesionales de 121 países en las escuelas y universidades cubanas, como la Escuela Latinoamericana de Medicina, que fue también una idea de Fidel.

Él fue un incansable luchador contra el imperialismo, el colonialismo y el neocolonialismo, contra las guerras de conquista y contra el injusto orden económico internacional que aún prevalece; y libró incesantes batallas internacionales por la paz, el desarme, y la preservación de la naturaleza y el medio ambiente.

Aún resuenan con plena vigencia sus palabras en el histórico discurso que pronunció en la Asamblea General de las Naciones Unidas el 12 de octubre de 1979, cuando dijo, y cito:

"*No he venido aquí como profeta de la revolución; no he venido a pedir o desear que el mundo se convulsione violentamente. Hemos venido a hablar de paz y colaboración entre los pueblos, y hemos venido a advertir que si no resolvemos pacífica y sabiamente las injusticias y desigualdades actuales el futuro será apocalíptico.*

El ruido de las armas, del lenguaje amenazante, de la prepotencia en la escena internacional debe cesar. Basta ya de la ilusión de que los problemas del mundo se puedan resolver con armas nucleares. Las bombas podrán matar a los hambrientos, a los enfermos, a los ignorantes, pero no pueden matar el hambre, las enfermedades, la ignorancia. No pueden tampoco matar la justa rebeldía de los pueblos y en el holocausto morirán también los ricos, que son los que más tienen que perder en este mundo.

Digamos adiós a las armas y consagrémonos civilizadamente a los problemas más agobiantes de nuestra era. Esa es la responsabilidad y el deber más sagrado de todos los estadistas del mundo. Esa es, además, la premisa indispensable de la supervivencia humana". Fin de la cita.

Y del también histórico discurso que pronunció el 12 de junio de 1992 en la Conferencia de Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo, en Río de Janeiro, cito:

"*Una importante especie biológica está en riesgo de desaparecer por la rápida y progresiva liquidación de sus condiciones naturales de vida: el hombre. […]*

Si se quiere salvar a la humanidad de esa autodestrucción, hay que distribuir mejor las riquezas y tecnologías disponibles en el planeta. Menos lujo y menos despilfarro en unos pocos países para que haya menos pobreza y menos hambre en gran parte de la Tierra. No más transferencias al Tercer Mundo de estilos de vida y hábitos de consumo que arruinan el medio ambiente. Hágase más racional la vida humana. Aplíquese un orden económico internacional justo. Utilícese toda la ciencia necesaria para un desarrollo sostenido sin contaminación. Páguese la deuda ecológica y no la deuda externa. Desaparezca el hambre y no el hombre.

Cuando las supuestas amenazas del comunismo han desaparecido y no quedan ya pretextos para guerras frías, carreras armamentistas y gastos militares, ¿qué es lo que impide dedicar de inmediato esos recursos a promover el desarrollo del Tercer Mundo y combatir la amenaza de destrucción ecológica del planeta?

Cesen los egoísmos, cesen los hegemonismos, cesen la insensibilidad, la irresponsabilidad y el engaño. Mañana será demasiado tarde para hacer lo que debimos haber hecho hace mucho tiempo". Fin de la cita.

Fidel nos enseñó y nos convenció con sus ideas, su prédica, su conducta y su ejemplo. Esas ideas han calado tan profundamente en el corazón y la mente de nuestro pueblo, y de millones de hombres y mujeres de todo el mundo, que es imposible matarlas o hacerlas desaparecer.

Fidel supo unir a nuestro pueblo en torno a ellas y nos enseñó que la unidad es la condición básica e indispensable para la defensa y la sobrevivencia de una revolución. La Revolución Cubana triunfó y se ha mantenido victoriosa porque supo construir y defender la unidad, y solo podrá permanecer y salvarse en el futuro si conserva la unidad y el apoyo de la mayoría del pueblo.

Muchas de las cualidades que distinguieron a Fidel, están profundamente enraizadas en la práctica de nuestra Revolución y en la conciencia de nuestro pueblo:

La ética y la verdad como componentes esenciales de la actuación política y revolucionaria. Para Fidel, el fin no justifica los medios. No se puede lograr el objetivo o la victoria a cualquier precio, ni se puede mentir o engañar al pueblo. Y por eso convirtió la ética y la verdad en las armas principales de la Revolución.

El humanismo, la sensibilidad, el respeto a la dignidad humana y sus ansias de lograr la justicia social. Por eso Fidel estuvo permanentemente en contacto con el pueblo, recorriendo el país, visitando escuelas, fábricas, hospitales, universidades y obras en construcción, conversando con la gente humilde y trabajadora, al tanto de sus opiniones e inquietudes.

La modestia y ausencia de vanidad. Su firme creencia en que, como escribió Martí, "toda la gloria del mundo cabe en un grano de maíz". Su estilo de vida

espartano, enteramente dedicado al trabajo, ajeno al lujo y la riqueza material.

La fidelidad más absoluta a sus convicciones, la firmeza y la coherencia en su actuación. Se podrá estar o no de acuerdo con las ideas políticas de Fidel, pero hasta sus adversarios se ven obligados a reconocer que siempre fue fiel a sus ideas y que nunca hizo concesiones de principios.

El ejemplo personal y su valor. Fidel entronizó en Cuba la idea de que no se le puede pedir a la gente lo que uno no está dispuesto a hacer personalmente. Porque Fidel creía firmemente que para guiar a un pueblo hay que encabezarlo y eso quiere decir, ir en la punta de la vanguardia, aún en las situaciones más peligrosas y complejas.

Su ansia infinita de conocimientos y su firme creencia en la idea de Martí de que hay que “ser cultos para ser libres”. Por eso dedicó tantos esfuerzos al desarrollo de la educación, la cultura y las ciencias en nuestro país y en otras naciones del mundo.

Su apoyo decidido a las causas justas de todos los pueblos y el valor que siempre concedió a la solidaridad y la amistad. Ejemplo de ello fue su amistad con Nelson Mandela, cuya ejemplar lucha contra el oprobioso sistema del “apartheid” respaldó firmemente; y su fraternal relación con el Comandante Hugo Chávez Frías, líder de la Revolución Bolivariana de Venezuela, con quien se identificó profundamente, como con un hijo, y a quien llamó “el mejor amigo de Cuba”.

Y su convicción en la fuerza y la invencibilidad de las ideas, expresada en la máxima de Martí de que “una idea justa, desde el fondo de una cueva, puede más que un ejército”. Por eso Fidel nunca aceptó la derrota ni la rendición y supo convertir siempre los reveses en victorias.

Esa convicción se resume en la histórica frase de uno de sus compañeros más queridos y destacados, el también inmortal Comandante Ernesto Che Guevara, con la que concluyo mis palabras:

“Hasta la victoria siempre”.